36.

PANEGÍRICO

MARQUÉS DE SAN JUAN
DE PIEDRAS ALBAS
EX LIBRIS

# PANEGÍRICO

QUE

DE LA GLORIOSA VÍRGEN Y SERÁFICA DOCTORA

# SANTA TERESA DE JESUS

PREDICÓ

EN LA SANTA APOSTÓLICA IGLESIA CATEDRAL DE AVILA

EL DIA 15 DE OCTUBRE DE 1882

EL LICENCIADO

## SR. D. JACINTO BUENO Y PEREZ,

CANÓNIGO MAGISTRAL DE LA MISMA.

SE PUBLICA

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

AVILA:=1882.
Imprenta y Librería de Abdon Santiuste
*Calle de la Feria, núm.* 13.

*Habebo claritatem ad turbas, in conspectu potentium admirabilis ero, et memoriam æternam his, qui post me futuri sunt, relinquam.=Sapientiæ Capite VIII. Versiculis* 10. *et sequentibus.*

TENDRÉ GLORIA ENTRE LAS GENTES, SERÉ ADMIRABLE Á LOS OJOS DE LOS PODEROSOS, Y DEJARÉ ETERNA MEMORIA Á LOS QUE HAN DE VENIR DESPUES DE MÍ.=EL LIBRO DE LA SABIDURÍA AL CAPÍTULO VIII. VERSÍCULOS 10 Y SIGUIENTES.

¿Que es esto, Excmo. Prelado, respetable Cabildo, venerable Clero, Auditorio todo cristiano y católico? ¿Que es esto, hijos privilegiados de Avila, y habitantes de esta noble ciudad? A vosotros, á vosotros es á quienes principalmente me dirijo, al hacer yo esta pregunta, ¿que es esto? Que, ¿no llama vuestra atencion una particularidad en este dia? ¿No hay alguno entre vosotros, que, preocupado por una religiosa sorpresa, esté diciendo allá en el interior de su corazon, cómo, cómo es que el año pasado en el segundo Centenario de la muerte de nuestro eminente literato D. Pedro Calderon de la Barca, celebrado con toda magnificencia en este suntuoso templo, vimos en ese centro una lúgubre tumba, vestidos los

Ministros sagrados de ornamentos tristes y de luto, colgado ese santo púlpito de un paño negro, y hoy, tercer Centenario de la muerte de Teresa de Jesus, en vez de ese catafalco, en que parece se sienta como con magestad la Parca, para abatir con su planta poderosa todas las grandezas del mundo y todas las vanidades del siglo; en vez de esos adornos y velos de tristeza, que no traian á nuestra alma sino recuerdos de desolacion y de amargura, y en vez de aquel aparato de ceremonias, que no producía en los ánimos del inmenso concurso, que á él asistia, sino un fúnebre espectáculo; cómo es, repito, que hoy, tercer Centenario de la muerte de Teresa de Jesus, no vemos nada de eso, que inspire dolor, duelo ni tristeza, sino que por el contrario todo es lujo, todo alegría, todo gozo, todo como victorias y como triunfos sobre la misma muerte? ¿Cómo es que la Santa Sion, la ciudad del Santo, que aquel dia estaba adornada por todas partes de adornos fúnebres, como llorando la muerte de aquel hombre ilustre, cómo es repito, que hoy, despojándose de aquellas lúgubres vestiduras, se engalana con todos los vestidos de su gloria, como alegrándose de la muerte de nuestra Santa? ¿Qué es esto, Excmo. Sr.? ¿Que es esto, Auditorio católico? ¡Ah! es que de la eterna suerte de nuestro Calderon, como os dije el año pasado, no estamos enteramente seguros, y de la de Teresa sí; es que las oraciones, las ceremonias y la Santa Misa, que aquel dia se hacian por aquel hombre eminente, se dirigian todas á implorar de Dios perdon y misericordia para su alma, y las que hoy emplean la Iglesia y sus Ministros, se encaminan todas á glorificar al Señor, que tan admirable se

ostenta en nuestra Santa, tambien ya glorificada; es que la muerte, que en aquel célebre hombre hizo ostentacion de su poder, dando al mundo un testimonio de su nada, en Teresa ha respetado sus huellas; y si aniquiló, como en todos, esta existencia efímera, labró tambien con su misma mano destructora otra existencia eterna, esculpiendo en las columnas de la Santa Jerusalen sus acciones heróicas, canonizadas ya por el oráculo infalible de la Iglesia. Sí: Teresa, Señores, no ha muerto, como mueren los hombres célebres del mundo; el dia de hoy, hace trescientos años, fué el principio de la vida de aquel Ser, inmortal y privilegiado. Pasarán siglos y siglos sobre los tres, que han pasado; habrá mil revoluciones, cambiarán las dinastías, se destruirán los imperios: desaparecerán como el humo las fortunas más brillantes, se disiparán como un sútil vapor los honores, las dignidades y distinciones de los héroes más memorables; se concluirán con el tiempo el nombre y la fama de todos esos, que por su ciencia, por su valor y posicion social, tanto ruido han hecho en las diferentes épocas, porque todo esto es obra del mundo, y todo lo que es obra del mundo, desaparece con la muerte como un fantasma, y se pierde en la noche del eterno olvido; la memoria de Teresa permanecerá siempre; su celebridad y su recuerdo pasarán de generacion en generacion eternamente, porque Teresa con sus virtudes contribuyó en gran manera á la mayor gloria de Dios, y Dios en recompensa de ello ha impreso en la historia de su vida un sello de duracion perpétua.

Para elogiar pues á nuestra gloriosa Santa, no tomaré yo

adornos de esas acciones y esas prendas, que ante los ojos de los hombres son una gran realidad y una gran cosa, y que ante los ojos de Dios no son sinó una vanidad y una nada, no Señores: lo que hoy ha de engalanar el panegírico de Teresa, ha de ser de aquello, que consagra la religion y que recomienda la piedad; de lo que tal vez en el siglo se desprecia como una puerilidad, pero que en el cielo vale mucho como de gran mérito. Así pues, fijando mi proposicion, digo:

Que las virtudes de Teresa, todas en grado heróico, y su vida ejemplarísima, lo mismo en el siglo que en el claustro, son las que la han adquirido esa nombradía, que tiene entre las gentes, las que la han hecho admirable á la vista de los poderosos, y las que la han grangeado esa memoria eterna, que ha gozado para con toda la posteridad, que ha pasado ya, y que gozará para con todas las generaciones, que han de venir despues de ella: *habebo claritatem ad turbas, in conspectu potentium admirabilis ero, et memoriam æternam his, qui post me futuri sunt, relinquam.* Tengo indicado mi pensamiento.

Para desenvolverle con gloria de Teresa y con fruto de nuestras almas, pidamos á su Esposo Jesus las luces celestiales que ella tuvo; y para que nos las conceda, interpongamos la poderosa mediacion de aquella inmaculada Madre de la Caridad, Madre por naturaleza de Jesus, y Madre por adopcion de Teresa, y tambien nuestra, saludándola todos con filial afecto, y diciéndola humildes, postrados y reverentes con el Angel: Ave Maria.

*Habebo claritatem ad turbas, in conspectu potentium admirabilis ero, et memoriam æternam his, qui post me futuri sunt, relinquam.—Sapientiæ Capite VIII. Versiculis* 10. *et sequentibus.*

Tendré gloria entre las gentes, seré admirable á los ojos de los poderosos, y dejaré eterna memoria á los que han de venir despues de mí.—El libro de la Sabiduría al Capítulo VIII, Versículos 10 y siguientes.

Excmo. é Ilmo. Sr.: Al dar principio yo al panegírico de Teresa, me ha parecido muy oportuno empezar diciendo en boca de nuestra Santa, lo que de sí mismo decia el más sabio de los reyes: *pes meus ambulavit iter rectum á juventute mea, et zelo zelatus sum bonum:* mis pies han andado desde mi juventud por el camino recto del Señor, y el celo por el bien me ha devorado siempre.

Con efecto, Señores. Teresa desde su tierna niñez dió pruebas de esta rectitud de corazon, y avanzando en la práctica del bien, cuando en otros no se ha desarrollado todavia la razon, empezó á correr como un gigante en la carrera de la virtud por donde suelen concluir los espíritus mas elevados y mas sublimes. A los siete años de su infantil edad busca ya como un ejercitado anacoreta la desierta soledad, para gozar allí las dulzuras de la gracia; y empleando su talento, aquel talento que poseia, claro, perspicaz y precoz, en leer las vidas de los Mártires, entra en vivos deseos de ofrecer á su Criador el sacrificio costoso de su vida, como los mas grandes atletas de la fé. España en el siglo XVI no era pais á

propósito, para consumar este agradable holocausto, porque la Iglesia aquí disfrutaba entónces de una verdadera paz; pero ahí cerca está el Africa, decía ella, exhortando á su hermano Rodrigo, ahí cerca está el Africa, donde podremos, sino hacer triunfar la fé de Dios, satisfacer al menos nuestros ardientes deseos; y con efecto, Teresa sale de casa de sus padres y se dirige al Africa en busca de su deseado martirio: *Christum datura aut sanguinem.*

Mas ¿á dónde, á dónde vas tiernecita niña? ¿A dónde te encaminas Teresa de Jesus? Que, ¿piensas que el Africa es el teatro destinado á tus combates, y el campo de honor donde una espada ha de ceñirte la corona? Detente, detente honra y gloria de Avila, no des un paso mas adelante, porque Dios ha aceptado ya tus generosas intenciones, pero no, no quiere admitir el sacrificio de tu martirio; te destina á otras guerras mas crueles, y te prepara otra corona mas gloriosa: si; las persecuciones que has de sufrir, las mortificaciones que has de tolerar, y hasta el mismo divino amor que has de profesar á tu Esposo Jesus, vendrán á ser unos verdugos, que han de labrar en tí un martirio, sinó tan cruento, al menos mas prolijo.

Con efecto. El Angel tutelar, á quien estaba encomendada la gloria del Carmelo, inspira á Teresa estas determinaciones del cielo, y si no va ya á Marruecos á confundir con su palabra al estúpido mahometismo, y á fecundizar con su sangre el campo de la fé, la casa de sus padres es el augusto templo donde todos los dias se ofrece á su Criador en víctima y en holocausto. D. Alfonso Sanchez de Cepeda y D.ª Beatriz

Dávila y Ahumada, tan piadosos como hidalgos, no habia un dia, en que no dieran á sus hijos lecciones de virtud, y aunque esta no se hereda con la sangre, no hay duda que su esmerada educacion contribuyó extraordinariamente á formar aquella tierna planta, que despues tanto se robusteció, y tan ricos frutos dió á la Iglesia y al Estado. ¡Ah, y que ejemplo, padres de familia, que ejemplo el de los padres de Teresa tan digno de imitar! ¡Que cierto es que no bastan los buenos instintos de la naturaleza, ni tampoco las buenas leyes de los Códigos, sinó que la educacion, como decia el grande Orador de Roma Ciceron, la educacion es la que hace, no solo buenos observantes en cualquiera religion, sinó tambien hasta buenos ciudadanos en cualquiera de las republicas: *non bona indole, non bonis legibus, sed bona educatione boni cives procreantur.* ¿Teneis pues hijos? educadles, como os aconseja el Espíritu Santo, educadles bien desde su niñez: *filii tibi sunt? erudi illos á pueritia illorum;* porque si en su niñez se vician, se inocularán los vicios hasta en sus huesos, y con ellos dormirán en el sepulcro: *ossa eorum implebuntur vitiis, et cum eis in pulvere dormient.* Un poco de descuido en los padres de Teresa hubo de echar á pique la inocencia de esta niña, que, como ella misma dice, no estuvo más que dos dedos del precipicio. ¡Ah, y que delicadas son las obras de la gracia! ¡En que poco tiempo y con que facilidad se marchitan las flores de una primavera, que promete! Sí: apenas la niña Teresa, descuidada y distraida un poco, empieza á gustar el nectar de ciertas conversaciones, cuando ya se resfria en ella aquel gran fervor, que ardía antes de virtud. La

que habia hecho un claustro de retiro la casa de sus padres, ya busca la sociedad; la que poco ha no queria trato sino con Dios, ya quiere mezclarse al mundo; y olvidada de la eternidad, que la ocupaba siempre, ya no habla sino del tiempo; la que antes tenia todo su placer en leer las vidas de los Santos, ya despues no encuentra gusto sino en la lectura de novelas, de romances y de fábulas: digámoslo de una vez; Teresa inocente, devota y santa, es ya una mújer cualquiera, una muger vulgar y comun.

¡Ay padres de familia, y que leccion tan terrible! Una niña, formada puede decirse en la perfeccion, se deja arrastrar de un mal ejemplo, y una jóven, un poco libre, parienta suya, es bastante para borrar en ella todos los buenos sentimientos de virtud, y para inspirar en su corazon las corrompidas máximas del siglo: y luego decís vosotros, que conviene que vuestros hijos conozcan en su juventud al mundo, para que, desengañados de lo que es, se consagren despues mejor á servir á Dios: no, no es esto una verdad; es una máxima, reprobada por todos los ascéticos. Rara vez sucede tener ese conocimiento del mundo, sin que despues cueste caro el haberle conocido, y esta esperiencia se compra siempre á mucha costa. Las primeras impresiones son muy fuertes, y suelen dejar en nuestro corazon surcos muy profundos: las primeras amistades, las primeras conversaciones y los primeros tratos, suelen enseñarnos lo que no se olvida jamás, y desengañaos que, por mas que uno se violente en destruir aquellos malos hábitos, que se adquirieron en la niñez, generalmente sucede, salva alguna rara escepcion, que

son inútiles los esfuerzos mas heróicos, é infructuosas las más decisivas resoluciones: *adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea.* ¿Y que importa, Señores, que importa que despues digan, pues este niño era de buena índole, esta niña era de buen natural, eran de buenos instintos, eran de favorable disposicion? Nada, Señores, nada, porque esa buena índole se ha pervertido por el mal ejemplo; nada, porque ese buen natural se ha inutilizado por la iniquidad prepotente; nada porque esos buenos instintos y esa favorable disposicion han desaparecido por una segunda naturaleza. Así pues, padres de familia, velad mucho por la buena educacion de vuestros hijos, porque, si sois con ellos descuidados, condescendientes y tolerantes mas de lo que debeis, las malas compañías, los malos libros y los malos tratos, serán otros tantos escollos, para que caigan en el pecado, y si caen, no se yo si despues de su caida tendrán valor bastante para levantarse, como se levantó nuestra gloriosa Santa.

Con efecto. Unos penetrantes rayos de luz divina hicieron á Teresa ver muy pronto el peligro del abismo, á que habia estado avocada, é inquieto su corazon por volver al centro, que gozaba antes de reposo, no descansaba dia y noche, para ver de encontrar á su Dios, á quien le parecía haber perdido para siempre. Veis como un viagero, abrasado por los ardores del sol en un dia de Agosto, desea encontrar una fuente para refrigerar la ardiente sed, que le devora, pues así Teresa, devorada por la inquietud de si habria ó no perdido á su Dios, busca ansiosa la fuente de la gracia, para dar en ella algun refrigerio á su alma. ¿Que, Señor, decia

ella, te habré perdido? Y si te he perdido, ¿te encontraré Señor? ¡Ah, duda terrible, Señores, duda terrible esta, que producia en la mente de Teresa la más violenta perplexidad, y que agitaba de contínuo á su convulso espíritu! ¡Incertidumbre angustiosa, que abria en su corazon la mas profunda llaga, y que arrancaba de él los más tiernos suspiros! ¡Pequeña infidelidad la de haber solo cobrado un poco de amor al mundo, pero infidelidad, Católicos, que no sirvió sino para hacer á Teresa mas fiel en adelante! ¡Tropiezo ligero, á cuyo recuerdo solo se estremecia y temblaba, pero tropiezo que no la hizo retroceder en el camino de la virtud, sino que por el contrario la hizo adelantar en el, expiando con rigorosas mortificaciones y con ináuditos suplicios aquella pequeña falta. Ah, niña inocente! ¿Y que, que hubieras hecho, si, como nosotros, hubieras empleado toda ó la mayor parte de tu vida en seguir las vanidades y las locuras del mundo? ¿Que hubieras hecho, si, como nosotros, hubieras gustado solo de diversiones poco lícitas y de espectáculos peligrosos? ¿Que hubieras hecho, si, como nosotros, hubieras dejado al mundo, cuando el mundo mas bien te hubiera dejado á tí, reservando para Dios las reliquias y los despojos, que no quisiera el mundo? Pues así, Católicos, en esta vida penitente se ejercitó Teresa en casa de sus padres desde los siete años á los catorce, á cuya edad entró de educanda en el convento de las Agustinas de esta ciudad, donde se robusteció aquel fondo de inocencia, aquella buena aptitud de corazon, aquella docilidad de espíritu, aquel amor á la penitencia, y todas aquellas buenas gracias, de que, como ella dice, la dotára con prodigalidad la misma naturaleza.

Pero todo esto, Católicos, todo esto para Teresa es poco: todo esto lo cree muy insuficiente esta niña, para expiar aquellos pequeños extravíos, que, abultando ella en su imaginacion, le parecian muy graves, y que yo, pesándolos en la balanza de la justicia, nunca me atreveré á calificar sino de muy leves; así pues no se contenta con ofrecer á Dios las primicias de su vida, colmadas con los abundantes frutos de una rigorosa penitencia, sino que quiere darle por completo todo lo que es; y para realizar un voto de supererogacion tan alta, se resuelve á dejar al mundo, y abrazar el estado de Religiosa. Mas cual, Católicos, cual seria la repugnancia y la resistencia, que en sí sentiria Teresa, al concebir semejante resolucion? !Ah! ella misma dice que ninguno acáso ha tenido mas aversion al claustro, y que, con solo pensarlo, se estremecian todos sus huesos, y que luchaban unos con otros, como si quisieran salir de sus junturas y sus articulaciones. Sin embargo, como para Teresa no hay dificultad, que sea insuperable, vence tambien esta, venciéndose á sí misma, y tomando el hábito en el convento de las carmelitas calzadas de esta ciudad. ¡Ah! dichosa ciudad de Avila, dichosa y mil veces afortunada, pues que no eres ya solamente madre y cuna de esta muger extraordinaria, mas eres vergel tambien de una oliva preciosa, que tantos retoños ha de brotar, y tan ricos frutos ha de producir. Bien puedes decir, antigua ciudad de Caballeros, bien puedes decir que, al dejarse ver sobre este tu horizonte el hermoso astro de Teresa, quedaron oscurecidos todos tus nobles títulos, eclipsados tus gloriosos emblemas, olvidados todos tus brillantes recuerdos.

¡Ah! Convento de la Encarnacion, y que ideas tan gratas excitas en mi reminiscencia, al ver yo desde aquí con los ojos de mi espíritu los muchos milagros, prodigios y portentos, que en esa tu localidad obrára el Señor con su sierva Teresa, y de que son testigos tu coro, tu locutorio, tus paredes y tus claustros! Vamos pues, Cristianos, vamos al convento de la Encarnacion todos, á contemplar allí á este Serafin encarnado, que es la admiracion, no solo de los hombres, sino tambien de los mismos Angeles. Vamos á ensalzar allí las misericordias del Señor, que hace en esta su criatura ostentacion de todo su poder, y como alarde de toda su magnificencia. Vamos allí á darle gracias por los singulares favores, con que distinguió á esta su hija predilecta. Vamos á publicar allí, y desde allí á publicar en todas partes, que Teresa es un prodigio de la naturaleza, un milagro y un portento de la gracia.

¿Y que os diré, Católicos, que os diré yo de las virtudes de Teresa en el claustro? ¡Ah! sus penitencias y sus mortificaciones fueron tantas y tales, que no pueden decirse, sin el corazon estremecerse. Su cuerpo arrastra una pesada cadena: su oracion contínua, sus rigorosos ayunos y sus vigilias diarias, la ponen, como á un tísico en el último grado de languidez y de extenuacion. Sus ásperos cilicios abren en todos sus miembros profundas llagas y heridas, y para curarlas, ¿sabeis que medicina adopta? pues recostarse los pocos momentos de descanso, si es que descanso puede llamarse, sobre unos duros guijarros y sobre unas punzantes espinas: ¿os parece esto mucho, Católicos? pues todo esto para Teresa es poco, y cuanto mas padece, mas desea padecer. Mis pe-

cados, decía ella, han merecido un infierno, y solo la bondad de Dios me ha podido librar de él; pues ya que aquí no padezca lo que allí habia de padecer, justo y muy justo es que yo haga aquí en el tiempo lo que hubiera de hacer por toda una eternidad, si aquí por toda una eternidad viviera; ó padecer pues siempre, ó morir de una vez; *aut pati, aut mori:* este era, Católicos, este era el lema de Teresa; esta era su divisa; ¡Ah y qué lema tan heróico, que divisa tan gloriosa! Tobías, afligido en su cautividad, pedía á Dios con lágrimas que le quitára la vida, porque en semejánte desgracia, decía él, le era mejor morir que vivir; *expedit mihi magis mori quam vivere.* Elías, Patriarca de nuestra Santa, conociendo el gran riesgo y peligro, que corria su vida en la persecucion de Jezabél, él mismo invoca y pide la muerte; bástame, decía, bástame haber triunfado de Acáb, y haber hecho degollar á los falsos profetas de Baal; arranca ahora, Señor, mi alma, por que no quiero vivir más: *sufficit mihi Domine, tolle animam meam.* El esforzado Matatias, al ver la desolacion del templo y los males, que afligian á su Nacion, exhortaba á sus hijos y á todos sus soldados á que se arrojáran con intrepidéz á la muerte, porque mejor es morir, decía él, en el glorioso campo del combate, que presenciar y sobrevivir á tamaña calamidad; *quia melius est nos mori in bello, quam vidére mala gentis nostræ.* Pero ¿qué más Señores? el modelo de la paciencia, el ejemplar de la rectitud, el pacientísimo Job, aquel hombre sencillo y recto, de quien dice el mismo Dios que no habia semejante en la tierra, pues ese mismo, acosado por el dolor y por las muchas aflicciones, que le

inundan, dice que le causa tédio el vivir, y da libertad á su lengua para que se desate en razonamientos contra su propia vida; *tædet animam meam vitæ meæ, dimitam adversum me eloquium meum.* En todos estos hombres, rectos, justos y santos, se echa de ver, Católicos, se echa de ver un no se que de debilidad, que, no pudiendo hacerse superior á los reveses y á las contrariedades de la vida, les hacía prorrumpir en deseos de la muerte; pero en Teresa no Señores; en Teresa no se oye ese lenguage; Teresa no desea, como ellos en sentido absoluto morir; desea en sentido disyuntivo, ó morir de una vez, ó de vivir, vivir padeciendo siempre: esto, Señores, es mas heróico; esto es mas glorioso; esto es lo que se llama el apogeo de la gloria y del heroismo. Vamos mas adelante, Católicos, y dejando ya á Teresa como penitente, considerémosla en el ejercicio de otras virtudes.

Su obediencia en el claustro fué ejemplarísima. Teresa no tuvo nunca voluntad propia, porque jamás, jamás siguió otro camino, que el que la marcaba Dios por medio de las superioras. ¿Se la llamaba á la oracion? volaba, y allí se anegaba en el abismo de las meditaciones. ¿Se la mandaba descender á otros ejercicios de piedad? Lo hacía sin la menor demora. ¿Habia que aumentar la mortificacion? Teresa redoblaba la constancia. ¿Habia que moderarla? sacrificaba su propio amor. ¿Habia que trabajar? se preparaba á la fatiga: ¿habia que padecer? se determinaba á la paciencia; en una palabra, Señores; Teresa estaba siempre pronta, siempre dispuesta á respetar y á obedecer á Dios, á quien veia en la Superiora, que la mandaba, fuera quien fuera.

¿Y que os diré, Católicos, que os diré yo de la humildad de Teresa? ¡Ah! á pesar de las eminentes gracias, con que Dios la habia enriquecido, tan léjos estaba de creer que estas fueran indicio de su virtud, que las tenia mas bien por una prueba de su debilidad, pues que en su humilde concepto necesitaba de todos estos auxilios, para no caer en el pecado, y para no hacerse peor. En medio de sus grandes revelaciones y sus elevados conocimientos no tuvo necesidad, como el Apostól, del Angel de Satanás, que la humillára, porque, concentrándose siempre en el círculo pequeño de su nada, reconocía todos estos dones como puras gracias de la divina beneficencia, de las que ella se reputaba por la mas indigna de todos. Manifestándola Dios en sus extásis lo que debia de hacer para su mayor gloria; se humilla y se somete al dictámen de su Director espiritual, que la manda tenga estas inspiraciones por ilusiones de su imaginacion, y á la mas leve indicacion, que la hace éste su Director, arroja al fuego una rica y admirable composicion, en la que habia expuesto, como el mejor santo Padre, el libro de los Cantares de la sagrada Escritura. ¡Ah, Dios mio, y que generosidad tan grande esta de Teresa! ¡Que humildad tan profunda! Perder en un momento un trabajo, que tanto tiempo la habia costado, y privarse á sí misma, privar á los fieles, y privar á toda la Iglesia del interesante provecho, que á todos podria proporcionar la explicacion de un libro, que entre los canónicos es acaso el mas dificil de esplanar; y esto, Católicos, solo por obedecer á un Confesor, ligero acáso é indiscreto; pero Teresa, Señores, Teresa no raciocina; Teresa

no vacila, Teresa no duda, cuando se trata de obedecer. Sabe con seguridad que Dios la ha mandado dilucidar aquel libro; sabe tambien que Dios la manda odedecer al Confesor; obedece á Dios, haciendo aquella composicion, y obedece al Confesor, arrojándola al fuego: obediencia ciega, Señores, obediencia ciega esta de Teresa, pero obediencia, que nacia de su humildad profundísima.

Nada os diré, Católicos, nada os diré de la pureza angelical de Teresa, porque su santa virginidad, á ejemplo de la primera de las Vírgenes, traspasando como dice S. Ambrosio, las nubes, los aires, los cielos, y hasta los mismos coros angélicos, en el seno del Padre encontró al Verbo Dios, y enamorándole con su rara hermosura, le hizo descender del cielo á la tierra, y celebrar con ella los mas castos desposorios. Nada os diré tampoco de su pobreza evangélica, porque Teresa, renunciando á todos los bienes, que pudieran pertenecerla de sus padres, sabia bien que, á quien Dios tiene, nada le falta, y sentando aquel principio de que solo Dios basta, se hizo solemnemente pobre, y fué fundadora, como sabeis, de innumerables Conventos, que profesan la mas estricta pobreza.

Pero no quiero, Católicos, no quiero dejar de hablaros de aquel amor, que Teresa profesó siempre á su Dios; de aquel amor, Señores, de aquel amor, que era el principal carácter de nuestra Santa; de aquel amor, que, sin que esto sea una hipérbole, era en Teresa tan vehemente, como el de aquel encendido Serafin, que traspasó su corazon con un inflamado dardo, ¿De donde sinó, Católicos, de donde os parece sinó nacian

en ella aquellas llamaradas de fuego, que sentia con frecuencia en su interior, y que la ponian casi á espirar? ¿De donde aquellos raptos y aquellos extásis, que esperimentaba, cuando se ponia á orar? ¿De donde aquellos arrobamientos extáticos, que, despojándola casi de la materialidad de la carne, la trasformaban en un seráfico Espirítu, y que, haciéndola dejar las bajas mansiones de la tierra, la elevaban á las más altas regiones del Empíreo? ¿De donde aquellas tiernas quejas, que en medio de sus desolaciones y arideces dirigia contra su Esposo Jesus? ¿De donde aquellas santas impaciencias, aquellos vehementos deseos y aquellas violentas convulsiones, que la atormentaban terriblemente por ver á Dios? ¿De donde aquella generosa compasion, que profesaba hacia los pobres pecadores, aquel santo celo y aquel fuerte conato por reducirlos á Jesucristo? ¿De donde aquellas abundantes lágrimas, que derramaban sus ojos, al oir los estragos que hacia la heregía de Francia, en Alemania y otros países? ¿De donde en fin aquel trato íntimo y familiar, que tenia con su Dios, y en que Dios no solo la comunicaba las impresiones, las delicias y dulzuras de su amor, sinó que tambien, precipitándola en el inmenso abismo del infinito, la hacia conocer, cuanto es posible á una criatura, su Esencia, sus Atributos y sus mas sublimes misterios? Pues todo esto Católicos, todo esto nacia en Teresa del amor entrañable, que profesaba á Jesus, y el que hizo tambien decir á Jesus, como para manifestarla su fiel correspondencia; toda eres mia Teresa, y yo todo soy tuyo: Yo seré celoso amante de tu amor, y tu serás celosa amante del mio; tu serás Teresa

de Jesus, y yo seré Jesus de Teresa; tanto te amo, tanto te idolatro y tanto te quiero, que, si hecho no hubiera el cielo y la tierra, por tí sola creara el universo. ¡Ah, y que dignacion tan alta la de nuestra gloriosa Santa! Ciertamente, Cristianos, ciertamente que, si esceptuamos á la Santísima Madre de Dios, ninguna criatura ha merecido tal honra; tan enamorado estaba Jesus de su querida Teresa, pero no lo estaba menos Teresa de su querido Jesus, pues desde este felíz desposorio el corazon de Teresa ardia en un volcan de amor, y fué necesario que un Angel le dividiera con un inflamado dardo, para dilatar su inmenso crater, y dar algun desahogo á sus violentas erupciones.

Pero Teresa, Señores, no se contenta con amar ella así á su Dios, quiere inflamar á todos en ese mismo divino amor; y ved aquí, Católicos, ved aquí lo que la impulsó á escribir esas preciosas obras, que, á la vez que asombran á los sábios, hechizan y embelesan á los Santos. ¡Qué cosa tan rara, Señores! hablar, hablan muchas de las mugeres, pero escribir lo hacen pocas; y las que escriben, escriben poco, y regularmente mal: solo Teresa, Señores, solo Teresa escribe mucho, y todo bien, pues que sus escritos pueden compararse con los de un Ambrosio, con los de un Gerónimo, con los de un Agustin y los de un Tomás de Aquino, acatándolos por lo mismo las Universidades mas célebres, mereciendo por ellos la censura mas brillante del tribunal santo de la Rota, el título y la investidura de Doctora, con que la honra el mismo Vaticano; y lo que es mas, Señores, sirviendo de texto con la misma Santa Escritura en el célebre Concilio de Trento, para resolver las

muchas y difíciles cuestiones, que en él habian de discutirse. Y muy justamente, Señores, porque en efecto: ¿en que obras se descubre una moral mas sana, una enseñanza mas sólida y una doctrina mas profunda, que en las obras de Teresa? ¿Cuáles hay, que en su lenguage, en su estilo y en su tono, muevan, persuadan y convenzan de una manera tan eficaz como ellas? ¿Cuales, que encierren un espíritu y una uncion, que, con un no se qué de atractivo, arrastren en pos de sí á cualquiera, que las lea? ¡Ah! que en las Obras de Teresa se echa de ver, como hoy dice la Iglesia, una inspiracion celestial: sí; no hay justo que en ellas lea, que no se justifique mas y que no adelante en la justicia: no hay pecador que con buenos deseos las maneje, que no se compunga y no se convierta: no hay herege, que de buena fé las estudie, que no renuncie á su error y á su heregía: y esto, Señores, no es una ilusion ni una fábula, no; son hechos positivos, prácticos y públicos, que se han visto en Alemania, en Austria, en Francia, en Inglaterra, en Italia, y hasta en nuestra misma España: digo mas, Señores; yo tengo para mi como una cosa cierta, que las obras de Teresa mataron en su cuna al Protestantismo del siglo XVI, y que le están matando hoy mismo, en el siglo XIX, en este siglo en que tantos esfuerzos están haciendo sus prosélitos para resucitarle, y para extenderle por todo el mundo. Mas no, no me he propuesto yo hoy ensalzar el mérito de Teresa en su sabiduría, que fué verdaderamente extraordinaria y hasta fenomenal; sin embargo, ya que como por incidencia he tocado con el Protestantismo y su escuela, no debo pasar en silencio un asunto,

que tan relacionado está con la vida, con los escritos y la reforma de nuestra gloriosa Santa.

La escuela nueva reformista, que instaló en el siglo XVI el Doctor de Wittemberg, el monstruo de Sajonia, el apóstata de S. Agustin, el concubinario sacrílego de Catalina de Boré, el infernal Lutero, era, Señores, la escuela de descreer; era lo que se llama anarquismo religioso; era poco menos que el indiferentismo y la negacion de toda religion, que, si algo tenia de positivo, era el no creer nada. Acababa la Iglesia en aquel tiempo de extinguir hasta las cenizas de un horroroso cisma, que dividia á las provincias occidentales de Europa; y cuando disfrutaba de una paz octaviana y al parecer estable, entonces, entonces fué cuando aquel hombre, tan impío como inmoral, y tan orgulloso como revolucionario, apoyado por Enrique VIII, de Inglaterra, por el Príncipe Langradve de Hesse, por los Duques de Saboya, de Ginebra y de Sajonia, cuya soberanía única y suprema se reconocia en la Iglesia por aquellos reformistas, entonces fué, repito, cuando aquel Génio diabólico, reuniendo facciones más ó menos numerosas segun la aptitud, que encontrára en los incautos y mal prevenidos ánimos, pretendió en la Iglesia de Dios una reforma, que, so color de un celo santo, trastornaba toda su disciplina, y hasta sus mismos dogmas. La Alemania toda, Señores, la Francia, la Inglaterra, la Hungría, la Suiza, la Helvecia, la mayor parte de la Europa, cincuenta millones acaso de habitantes se hallaban sumidos en la heregía, y los errores, que pululaban por todas partes, conmovian el grande edificio de la verdad católica, que hubieran

derribado sin duda, si no descansára sobre cimientos indefectibles. El principio de independencia religiosa se proclamaba en todos aquellos paises, y á esta voz, que se acogia con entusiasmo, se introducia el derecho de libre exámen, segun el cual cada uno era juez competente para entender, para explicar é interpretar la sagrada Escritura conforme á su propio juicio, resultando de aquí, como era lógico y consiguiente, la necesidad de tener que admitir en la palabra de Dios contradiciones innumerables, anómalas y monstruosas. Se negaba la autoridad de la Iglesia, y se impugnaba su infalibilidad. Se confundia su gerarquía, y se sentaba la jurisdiccion del Romano Pontífice, como de derecho solo humano. Se despreciaban las decisiones de los sagrados Concilios, y á la venerable Tradicion no se daba ningun valor. Y no paraban, Católicos, no paraban aquí las teorías repugnantes de aquellos hombres miserables, que en su proyecto ideal se propusieran hacer obra de los hombres á la que fuera obra de Dios, porque variaban el culto, que al supremo Hacedor tributáran todos los buenos creyentes; negaban el Sacrificio de la Misa, la necesidad de los Sacramentos, la veneracion de los Santos y sus reliquias, y tambien el valor de las indulgencias; abolian el celibato; anulaban los votos monásticos, derogaban las leyes del ayuno, de la mortificacion y de la abstinencia; en una palabra, Señores, trastornaban por completo todo el sistema religioso, y so pretesto de una reforma santa, no pretendian sino introducir en la Iglesia de Dios el debate público, la anarquía, la confusion, la licencia, la heregía y el cisma. Aquí teneis, Católicos, aqui teneis en

compendio el programa de doctrina, que presentaba al público la iglesia de aquellos reformadores; estas eran las tésis, que con tanta impiedad como desverguenza se atrevió á defender en la Universidad de Wittemberg el hijo espúrio de Eístebi; tal era la propaganda, que se proponia hacer aquel espíritu satánico, ya de viva voz, y ya tambien por medio de la prensa, que, aunque no bien desarrollada todavia, era ya entonces, como lo es hoy, una fuerza social, muy rápida y muy fuerte.

Y bien Señores: de una escuela así, que no enseñaba aquí síno la nada en la fé, y allá despues un vacío en la esperanza, ¿que máximas habian de surgir? ¡Ah! aquellas, que eran muy naturales y muy lógicas; aquellas, que están en oposicion directa con lo que dicta la recta razon y el buen sentido en órden al bien moral, y en órden tambien al bien social. El no creer nada, Señores, es, como dije ántes, lo que se llama anarquismo religioso, y del anarquismo religioso no hay mas que un paso imperceptible al anarquismo social. Por eso, cuando á la religion se ataca en sus principios, la sociedad se trastorna, y cuando se combate la Iglesia, los Estados se hunden. Así sucedió entonces. A la voz de abajo la Iglesia, abajo el Papa, abajo la intolerancia religiosa, se oyó tambien decir, abajo la Autoridad, abajo el Magistrado, abajo la obediencia; y esta voz que, como una pequeña chispa, se encendió en el corazon de Alemania, se propagó, como la electricidad y como un grande incendio, por todos los países de Europa. Se proclamó la igualdad absoluta de Rousseau, el derecho de todos á lo de todos, el

*jus omnium in omnia*, y á este grito, que tanto alhagaba á las masas, sucedió lo que era muy lógico, la sedicion, la desobediencia, la anarquía, el despotismo, el robo, el asesinato, el *bellum omnium in omnes;* la guerra de todos contra todos: se pronunció la impiedad en grande escala, y la perturbacion social se hizo general.

¡Ah, desgraciada Europa! ¿Y no habrá quien ponga un dique al torrente del mal, que lo arrastra, y que lo inunda todo? Sí, tened fé, hombres del siglo XVI: no os asusteis á vista de un fenómeno, que pone en espanto al mundo; no temais en medio de esa horrorosa tormenta, que, como un diluvio universal, envuelve á todos en un general cataclismo; si: tened fé, no os asusteis; no temais de vuestra sociedad, porque hay en esa misma Europa una valiente Judith, una esforzada Débora, y una entrépida Jahél que desconcertará todos los planes maquiavélicos de los Jabines, de los Holofernes y los Sísaras: no temais de vuestra Iglesia, porque hay en España una Lucrecia santa, que, sin tener parte en el crímen, como la de Roma, vengará la deshonra, hecha por los Tarquinos soberbios á su inocente Esposo; no temais de vuestra religion, porque hay en un rincon de Castilla una muger sabia y fuerte, que á la voz destructora de la débil filosofía sabrá oponer su voz poderosa y edificante, cuya voz, como la saeta de Jonatás, nunca hierra el tiro, y que, como la espada de Saul, siempre vuelve victoriosa: no temais tampoco de vuestra fé, porque hay en Avila, antigua ciudad de Caballeros, una Teresa Sanchez de Cepeda, Dávila y Ahumada, que en un tiempo, en que tanto triunfa el demonio por

la multitud de infieles y de hereges, levantará pendon contra él, como decia el V. P. Fr. Luis de Leon, y le vencerá, y le postrará, y le hollará, ¿y como? pues muy sencillamente, Señores; oponiendo á la hipócrita é impía reforma de Lutero la reforma justa y santa del Orden del Carmelo; de aquel Orden, que contaba ya dos mil quinientos años de existencia, y que en sus leyes, en su disciplina, en su regla y en su primitivo fervor, se habia relajado. Con efecto, Señores. Teresa, á vista de la espantosa situacion, que ofrece el mundo, se para un poco, y vió á la tierra llena toda de vicios, vacía toda de virtudes; *aspexi terram, et ecce vacua erat:* fija sus ojos en el cielo de la Iglesia, y vió que por las tinieblas del error la luz habia faltado en ella: *aspexi cœlum, et non erat lux in eo*: observa con detencion el monte del Carmelo, y nota que su antiguo verdor se habia en el agostado, *vidi Carmelum, et ecce exicatus vertex ejus:* é inflamada entonces con el doble espíritu de su patriarca Elías, funda la reforma del Orden, poniendo su primera piedra en el Convento de S. José de esta ciudad el dia 24 de Agosto de 1562. ¡Ah, dia 24 de Agosto de 1562! dia antonomástico y solemne que, con solo articularle, recuerda ese acontecimiento grandioso, que inmortaliza á Teresa, y que forma en su historia la página acáso mas brillante: dia dichoso y felíz, en que Teresa asoma sobre este nuestro horizonte como un resplandeciente sol, y en que con los rayos, que despide su brillante disco, ilumina á Avila, y va á iluminar al mundo todo: dia augusto y memorable, en que, si un Bartolomé concluyó la carrera de su apostolado, llevando la

fé á la Licaonia, á la Albania, á las Indias, á la Armenia y á otras provincias del Asia, Teresa por una coincidencia particular da tambien principio al suyo, llevando su mision con felíz éxito, y apesar de todas las contradiciones, á Toledo y á Sevilla, á Salamanca y á Alba, á Medina y á Valladolid, á Palencia y á Soria, á Burgos y á Granada, á Málaga y á otros pueblos de España; pero ¿que digo á otros pueblos de España? á todo el mundo, Señores, á todo el mundo, sí, pues que con el tiempo sus Institutos y sus doctrinas se extienden y se propagan por Francia y por Italia, por Alemania y por la Polonia, por el Asia y por la América, por todo el globo, Señores, por un hemisferio y otro de la tierra.

No estraño pues, Católicos, no estraño ya que á Avila vengan, como á un centro, Reyes y Príncipes, fieles de España y de fuera, á visitar con religiosa piedad la casa y la cuna de Teresa, á saludar con afectuoso entusiasmo á esta muger extraordinaria, á elevar con ardiente fé sus votos y plegarias á este Angel custodio y tutelar, y á besar con profundo respeto este dichoso suelo, que pisaron sus santas y virginales plantas; *venient ad eam omnes gentes*. No estraño ya tampoco que afluyan á Alba de Tormes gentes de todas las Naciones, personas de todas las edades, de todas las categorías y todas las clases, á postrarse humildes ante su sepulcro glorioso, y á tributar sus religiosos homenages á aquel corazon magnánino; á aquel corazon, que, como el corazon de S. Pablo, era un corazon de todos; á aquel corazon, que despues de trescientos años está brotando las espinas del calvario, con cuya savia se alimentó siempre, y á satis-

facer así el imperioso deseo, que arde en los suyos, de dar al mundo entero un testimonio irrefragable de su acendrada devocion hacia este prodigio de virtudes; *et erit sepulchrum ejus gloriosum.* Y no estraño ya en fin que en vista de todo esto Teresa haya adquirido esa nombradía, que tiene en todos los pueblos del orbe, que sea un objeto de admiracion á los ojos de los grandes y de los sabios, que su memoria haya sido imperecedera en los trescientos años, que han pasado desde su muerte hasta nosotros, y que permanezca inmortal desde nosotros á todas las generaciones, que vengan: *habebo claritatem ad turbas, in conspectu potentium admirabilis ero, et memoriam æternam his, qui post me futuri sunt, relinquam.*

He concluido, gloriosa Santa. Perdóname, perdóname, si no te he elogiado, cual te mereces. Eres muy grande, y en las cosas grandes, como dice un Poeta, empezarlas es muy bastante; *ardua prima via, et in magnis sat est cæpisse.* Yo he empezado solo; concluir tus merecidos elogios; ensalzar mejor tus eminentes virtudes, y tributarte por ellas las justas alabanzas, que el mérito y la gratitud requieren y demandan, lo dejo para otra inteligencia más erudita, para otra lengua más elocuente, y para otra pluma más bien cortada; *hæc fuerant, fateor, plectro meliore canenda.*

¡Ah, y que falta, Señores, que falta nos hacia en el siglo XIX un Genio y un Espíritu como el de Teresa de Jesús! en este siglo, que en su fisonomía y en sus fases presenta un aspecto muy parecido al del siglo XVI: en este siglo, que si es ciertamente un siglo de glorioso progreso, porque ha

resuelto problemas, ocultos hasta aquí á los cálculos de la razon humana, tambien, tambien puede llamarse un siglo de vergonzoso retroceso, pues que con sus torpezas y sus aberraciones hace retroceder á la humanidad hasta á los siglos medios del oscurantismo y de la ignorancia. Pues que, ¿no es una verdad, Señores, que hoy se atacan los buenos principios sociales, combatiendo con Espinosa y con Rousseau el principio de Autoridad, y defendiendo eso, que se llama emancipacion é independencia del hombre? ¿No es una verdad que hoy, conforme á las teorías de Prohudon, se invaden los derechos individuales de las personas y de las cosas, sin que el hombre honrado y pacífico pueda estar garantido ni seguro ni en su casa ni fuera de ella? ¿No se proclama hoy, como bandera de salvacion, eso á que se dá el nombre de Socialismo, sin duda por antífrasis, por que ese es el mayor enemigo, que la sociedad tiene, puesto que envuelve á la sociedad en todos los horrores, canonizando, como canoniza, el robo, el incendio, el asesinato y el suicidio? ¿No se levanta hoy contra la Iglesia de Dios una voz amenazante y destructora, no menos que la de los Calvinistas y Luteranos en el siglo XVI? ¿No se habla, no se escribe y no se disparata hoy en materia de religion tanto, como pudo hacerlo Lutero en Alemania, Calvino en la Suiza, Enrique en Inglaterra, Jordan Bruno en Italia, Woltaire en sus famosas sátiras, y Rousseau en sus extravagantes cartas de la Montaña? ¿No se recapitula hoy en contra de la fé, de sus verdades y sus dogmas, cuanto de impío se ha dicho desde Cerinto y Ebion en el siglo I, hasta el Sínodo jansenístico de

Pistoya en el Siglo XVII? ¿No es este un siglo, Señores, escéptico, epicureo y material, en que, como en el siglo XVI, no piensan ciertos hombres sino en satisfacer las brutales pasiones de la sensualidad y de la molicie, sin reconocer más region que la del tiempo, ni nada mas que un vacío y un caos para despues de él? ¿No es este un siglo, en que, metalizados los hombres, como en aquel, no tratan sino de saciar la hidrópica sed del oro, esterilizando con agios y con usuras el costoso sudor del pobre, como esterilizan las langostas la fertilidad de los campos, valiéndome de la comparacion, que muy oportunamente empleó un célebre Monarca nuestro, que fué el Sr. Felipe II? ¿No es este un siglo en fin, en que, como en aquel, predomina una ambicion desmedida, queriendo ciertos Genios, como los gigantes de la fábula, escalar los cielos, y arrancar de su trono al mismo Dios, para ocupar puestos, que no les corresponden, y privar de ellos á los que por justos títulos debieran ocuparlos?

¿Y qué remedio, Señores, qué remedio nos queda, que pueda salvar á la sociedad de tantos males, que, como seguros síntomas, presagian su destruccion y pronostican su ruina? Pues uno solo, Señores; uno solo, y este es, acudir á las doctrinas salvadoras de Teresa, no hay otro. Pues bien Teresa muerta, hace hoy 300 años, nos está hablando todavía; *defuncta adhuc loquitur:* desde el cielo nos dice con elocuente voz, que solo la fé católica y la buena moral de ella, que solo eso es lo que puede salvar al mundo del irresistible torrente, que le empuja, y que amenaza sumergirle en sus ondulaciones. A las creencias pues religiosas y á las costumbres puras, que tanto brillaron en Teresa por sus vir-

tudes y sus escritos, á esas hay que asirnos, si queremos que el mundo cambie de aspecto, y que al desórden, que le envuelve en las calamidades y en los errores, sustituya el verdadero órden, que es el que pone á los pueblos y á las Naciones en la vía de las prosperidades y de las luces.

Ahora pues, habitantes todos del Orbe, venid, venid todos á Avila, á contemplar á Teresa, que tan conocida es en todo el mundo, lo mismo por sus virtudes que por su ciencia. Venid todos á Avila, á visitar la casa natal de ese gran personage, cuyo nombre tanto suena, lo mismo que en España, en toda Europa, y que tan celebrado es en el Asia como en el Africa, tan respetable en el hemisferio, que pisamos nosotros, como en el que pisan nuestros antípodas. Venid todos á Avila, á prestar el justo tributo y homenage, que se debe al heroismo y al mérito, á la fortaleza y á la constancia de corazon, á la generosidad y á la grandeza de alma. Venid todos á Avila, á felicitar tambien á sus padres, Alfonso Sanchez de Cepeda y Beatriz Dávila y Ahumada, tronco glorioso y fecundo, que germinó á esa palma prodigiosa, cuyas ramas se han extendido por todo el órbe para prosperidad de toda la Iglesia y para bien de toda la humanidad. Venid todos á Avila á honrar con vuestra presencia á esta dichosa ciudad, madre y cuna, que ha dado á luz á este portento de la naturaleza y la gracia, que, despues de la Madre de Dios, (permítaseme si acáso es una hipérbole) no reconoce superior en la tierra; á esa muger sabia y fuerte, que con santa envidia quisieran suya todas las Naciones; á ese vergel de oliva fructífera, que tantos retoños ha brotado de virtud y de santidad; á esa rara perla, á esa margarita preciosa, cuyo valor no puede graduarse en la balanza de la estimacion humana, porque vale mas que todo el oro de Ofir, mas que toda la plata y todo el marfil de Tarso, mas que todas las riquezas del Asia, mas que todos los tesoros del Universo.

Y vosotros, hijos de Avila, felicitad tambien conmigo á todos estos devotos peregrinos y forasteros; felicitadles conmigo, y muy cordialmente en este dia. *Dicite quoniam bene;* Decidles conmigo, que han hecho muy bien en acometer la piadosa empresa de venir aquí, á dar al Orbe entero una prueba de su piedad y devocion hacia este prodigio del Altísimo, *Dicite quoniam bene;* decidles conmigo, que ha sido un magnífico pensamiento el suyo, inspirado sin duda por el cielo, para dar á la España del siglo XIX, un testimonio solemne de su profunda adhesion á la Santa Iglesia católica, á sus eternas verdades y á su inmortal Gefe, á quienes tanto afecto mostró siempre nuestra gloriosa Santa, y por cuya defensa diera ella mil vidas, si las tubiera, como ella misma decía. *Dicite quoniam bene*; decidles conmigo, que han hecho muy bien; pero decidles tambien, que algun dia, y acaso muy pronto, gustarán el rico fruto de sus religiosas incomodidades y fatigas: *quoniam bene fructum adinventionum suarum comedent.*

Vamos pues, Católicos, vamos todos á postrarnos con respeto y con humildad ante aquella gloriosa Santa. Vamos todos á pedirla por la prosperidad de todas las Naciones, y muy particularmente por la de este reino de España, de quien es Compatrona con la Inmaculada siempre Maria Santísima. Vamos todos á interesar á Teresa, á su Esposo Jesus y á aquella su Madre de la Caridad, para que unan á todos los pueblos en un mismo espíritu de fé y en un mismo sentimiento de amor de Dios, á fin de que, prosperando todos con verdadera paz de corazon espiritual y temporalmente aquí en la tierra, todos lleguemos á disfrutar de aquella paz y prosperidad, que no se pierde nunca, en el reino eterno y dichoso de la Gloria. Amen.

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFIA TERESIANA

SECCIÓN III

**Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús**

Número..... 2636 | Precio de la obra.... Ptas. .....
Estante..... 118 | Precio de adquisición. » .....
Tabla..... 5 | Valoración actual.... » .....